

CELEBRACIONES DOMINICALES
EN
ESPERA DEL PRESBITERO



PASCUA

CICLO A

CELEBRACIONES **D**OMINICALES
EN
ESPERA DEL **P**RESBÍTERO

CICLO **C**

HOMILÍAS DEL PAPA FRANCISCO



ORDEN DE LA CELEBRACIÓN

RITOS INICIALES

Mientras la asamblea canta, el ministro laico desde el lugar que le corresponde (sin besar el altar ni sentarse en la sede), hace la señal de la cruz y saluda a los presentes diciendo:

In el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo.

El pueblo responde:

Amén.

SALUDO AL PUEBLO CONGREGADO

2. Seguidamente, el ministro laico dice:

Hermanos, bendecid al Señor, que nos (o bien: os) invita benignamente a la mesa de su Palabra y del Cuerpo de Cristo.

El pueblo responde:

Bendito seas por siempre Señor.

Seguidamente se hace la monición de entrada que se encuentra en el tiempo correspondiente.

ACTO PENITENCIAL

5. A continuación se hace el Acto penitencial tal como está en el domingo correspondiente.

6. Seguidamente el ministro laico, con las manos juntas, dice:

Oremos.

Y todos oran en silencio durante unos momentos.

Luego dice la oración colecta del tiempo correspondiente.

La colecta termina siempre con la conclusión larga:

Si la oración se dirige al Padre:

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,

que vive y reina contigo

en la unidad del Espíritu Santo y es Dios

por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Padre, pero al final de ella se menciona al Hijo:

Él, que vive y reina contigo

en la unidad del Espíritu Santo y es Dios

por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Hijo:

Tú que vives y reinas con el Padre
en la unidad del Espíritu Santo y eres Dios
por los siglos de los siglos.

Al final de la oración el pueblo aclama:

Amén.

LITURGIA DE LA PALABRA

7. El lector va al ambón y lee la primera lectura, que todos escuchan sentados.

Para indicar el final de la lectura, el lector aclama:

Palabra de Dios.

Todos responden:

Te alabamos. Señor.

8. El salmo es cantado o recitado por el salmista o cantor, y el pueblo intercala la respuesta, a no ser que el salmo se diga seguido sin estribillo del pueblo.

9. Si hay segunda lectura, se lee en el ambón, como la primera.

Para indicar el final de la lectura, el lector aclama:

Palabra de Dios.

Todos responden:

Te alabamos, Señor.

10. Sigue el Aleluya u otro canto establecido por las rúbricas según lo exija el tiempo litúrgico.

11. Después el ministro laico va al ambón, ya en el ambón dice:

Lectura del santo Evangelio según san N.

Y mientras tanto hace la señal de la cruz sobre su frente, labios y pecho.

El pueblo aclama:

Gloria a ti, Señor.

12. Acabado el evangelio aclama:

Palabra del Señor.

Todos responden:

Gloria a ti. Señor Jesús.

13. Luego el ministro laico lee la homilía.

14. Acabada la homilía se proclama el símbolo o profesión de fe, si la liturgia del día lo prescribe.



Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra,
de todo lo visible y lo invisible.

Creo en un solo Señor, Jesucristo,


Hijo único de Dios,

nacido del Padre antes de todos los siglos:

Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero,

engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre,
por quien todo fue hecho;
que por nosotros, los hombres,
y por nuestra salvación bajó del cielo,
En las palabras que siguen, hasta se hizo hombre, todos se inclinan.
y por obra del Espíritu Santo
se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre;
y por nuestra causa fue crucificado
en tiempos de Poncio Pilato;
padeció y fue sepultado,
y resucitó al tercer día, según las Escrituras,
y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre;
y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos,
y su reino no tendrá fin.
Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida,
que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo
recibe una misma adoración y gloria,
y que habló por los profetas.
Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica.
Confieso que hay un solo bautismo
para el perdón de los pecados.
Espero la resurrección de los muertos
y la vida del mundo futuro. Amén.

Para utilidad de los fieles, en lugar del símbolo niceno-constantinopolitano, la profesión de fe se puede hacer, especialmente en el tiempo de Cuaresma y en la Cincuentena pascual, con el siguiente símbolo bautismal de la Iglesia Romana llamado «de los Apóstoles»:

reo en Dios, Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra.

Creo en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor,
En las palabras que siguen, hasta María Virgen, todos se inclinan.
que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo,
nació de santa María Virgen,
padeció bajo el poder de Poncio Pilato,
fue crucificado, muerto y sepultado,
descendió a los infiernos,
al tercer día resucitó de entre los muertos, subió a los cielos
y está sentado a la derecha de Dios, Padre todopoderoso.
Desde allí ha de venir a juzgar a vivos y muertos.

Creo en el Espíritu Santo, la santa Iglesia católica,
la comunión de los santos, el perdón de los pecados,
la resurrección de la carne y la vida eterna.
Amén.

17. Después se hace la plegaria universal u oración de los fieles, que se desarrolla de la siguiente forma:

Invitatorio

El ministro laico invita a los fieles a orar, por medio de una breve monición.

Intenciones

Las intenciones son propuestas por un lector o por otra persona idónea.

El pueblo manifiesta su participación con una invocación u orando en silencio.

La sucesión de intenciones ordinariamente debe ser la siguiente:

- a) por las necesidades de la Iglesia;
- b) por los gobernantes y por la salvación del mundo entero;
- c) por aquellos que se encuentran en necesidades particulares;
- d) por la comunidad local.

Conclusión

El ministro laico termina la plegaria común con una oración conclusiva.

RITO DE LA COMUNIÓN

15. Concluida la oración de los fieles, el ministro laico se acerca al sagrario y, una vez abierto, hace genuflexión ante el Santísimo Sacramento; colocándolo encima del altar dice:

Fieles a la recomendación del Salvador

y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

O bien:

Llenos de alegría por ser hijos de Dios,
digamos confiadamente

la oración que Cristo nos enseñó:

O bien:

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones
con el Espíritu Santo que se nos ha dado;

digamos con fe y esperanza:

O bien:

Antes de participar en el banquete de la Eucaristía,
signo de reconciliación y vínculo de unión fraterna,
oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Y, junto con el pueblo, continúa:



Padre nuestro, que estás en el cielo,

santificado sea tu Nombre;

venga a nosotros tu reino;

hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

16. **Luego, si se juzga oportuno, añade:**

Démonos fraternalmente la paz.

O bien:

Como hijos de Dios, intercambiamos ahora
un signo de comunión fraterna.

O bien:

En Cristo, que nos ha hecho hermanos con su cruz,
démonos la paz como signo de reconciliación.

O bien:

En el Espíritu de Cristo resucitado,
démonos fraternalmente la paz.

Y todos, según la costumbre del lugar, se dan la paz.

17. **El ministro laico hace genuflexión, toma el pan consagrado y, sosteniéndolo un poco elevado sobre la patena, lo muestra al pueblo, diciendo:**

Éste es el Cordero de Dios,

que quita el pecado del mundo.

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

Y, juntamente con el pueblo, añade:

Señor, no soy digno

de que entres en mi casa,

pero una palabra tuya

bastará para sanarme.

18. **El ministro laico dice en secreto:**

El Cuerpo de Cristo me guarde para la vida eterna.

Y comulga reverentemente el Cuerpo de Cristo.

19. **Después toma la patena o la píxide, se acerca a los que quieren comulgar y les presenta el pan consagrado, que sostiene un poco elevado, diciendo a cada uno de ellos:**

El Cuerpo de Cristo.

El que va a comulgar responde:

Amén.

Y comulga.

20. **Cuando el ministro laico comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión.**

21. **Acabada la comunión, el ministro laico devuelve el Santísimo Sacramento al sagrario y, antes de cerrarlo, se arrodilla.**

22. Después vuelve a su sitio. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo, un cántico de alabanza o un himno.

23. Luego, de pie en su sitio o en el altar, dice la oración para después de la comunión que encontrará en el tiempo correspondiente:

Oremos.

Y todos oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

24. Después dice la oración después de la comunión.

La oración después de la comunión termina con la conclusión breve.

Si la oración se dirige al Padre:

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Si la oración se dirige al Padre, pero al final de la misma se menciona al Hijo:

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Hijo:

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

El pueblo aclama:

Amén.

RITO DE CONCLUSIÓN

25. En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

26. Después tiene lugar la despedida. El ministro laico dice:

El Señor bendiga,

nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

El pueblo responde:

Amén.

27. Luego, con las manos juntas, despide al pueblo con una de las fórmulas siguientes:

Podemos ir en paz.

O bien:

La alegría del Señor sea nuestra fuerza.

Podemos ir en paz.

O bien:

Glorifiquemos al Señor con nuestra vida.

Podemos ir en paz.

O bien:

En el nombre del Señor, podemos ir en paz.

O bien, especialmente en los domingos de Pascua:

Anunciamos a todos la alegría del Señor resucitado.

Podemos ir en paz.

El pueblo responde:

Demos gracias a Dios.

28. Después hecha la debida reverencia se retira.





Domingo de Resurrección

Monición de entrada

El mensaje de la vigilia pascual, que la Iglesia ha proclamado y celebrado en el corazón de la noche, sigue animando el gozo de la Comunidad Cristiana en este día santísimo de la resurrección del Señor; la antífona de entrada de la misa de este día así lo afirma con toda claridad: “*es verdad que el Señor ha resucitado*” y por eso, en este día en el que nos reunimos en asamblea santa, damos gracias a Dios por la vida nueva que llega a nosotros por medio de su Hijo Jesucristo vencedor de la muerte.

Para que esta noticia buena lo sea para nosotros iniciamos la celebración reconociendo nuestros pecados.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

— Tú, que has destruido el pecado y la muerte con tu resurrección: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

— Tú, que has renovado la creación entera con tu resurrección: Cristo, ten piedad.

Rx. Cristo, ten piedad.

— Tú, que das la alegría a los vivos y la vida a los muertos con tu resurrección: Señor, ten piedad.

Rx. Señor, ten piedad.

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén.

Sigue el himno Gloria

Oración colecta

Oremos

Sigue un momento de silencio

Oh, Dios, que en este día, vencida la muerte, nos has abierto las puertas de la eternidad por medio de tu Unigénito, concede, a quienes celebramos la solemnidad de la resurrección del Señor, que, renovados por su Espíritu, resucitemos a la luz de la vida. Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo que contigo vive y reina en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios, por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

Sigue la proclamación de la palabra de Dios que se hará en el ambón y del leccionario correspondiente.

Homilía

Hoy la Iglesia sigue diciendo: «Párate, Jesús ha resucitado». Y esta no es una fantasía, la Resurrección de Cristo no es una fiesta con muchas flores. Esto es bonito, pero no es esto, es más; es el misterio de la piedra descartada que termina siendo el fundamento de nuestra existencia. Cristo ha resucitado, esto significa. En esta cultura del descarte donde eso que no sirve toma el camino del usar y tirar, donde lo que no sirve es descartado, esa piedra —Jesús— es descartada y es fuente de vida. Y también nosotros, guijarros por el suelo, en esta tierra de dolor, de tragedias, con la fe en el Cristo Resucitado tenemos un sentido, en medio de tantas calamidades. El sentido de mirar más allá, el sentido de decir: «Mira no hay un muro; hay un horizonte, está la vida, la alegría, está la cruz con esta ambivalencia. Mira adelante, no te cierres. Tú guijarro, tienes un sentido en la vida porque eres un guijarro en esa piedra, esa piedra que la maldad del pecado ha descartado». ¿Qué nos dice la Iglesia hoy ante tantas tragedias? Esto, sencillamente. La piedra descartada no resulta realmente descartada. Los guijarros que creen y se unen a esa piedra no son descartados, tienen un sentido y con este sentimiento la Iglesia repite desde lo profundo del corazón: «Cristo ha resucitado». Pensemos un poco, que cada uno de nosotros piense, en los problemas

cotidianos, en las enfermedades que hemos vivido o que alguno de nuestros familiares tiene; pensemos en las guerras, en las tragedias humanas y, simplemente, con voz humilde, sin flores, solos, ante de Dios, ante de nosotros decimos: «No sé cómo va esto, pero estoy seguro de que Cristo ha resucitado y yo he apostado por esto». Hermanos y hermanas, esto es lo que he querido deciros. Volved a casa hoy, repitiendo en vuestro corazón: «Cristo ha resucitado».

Se deja un momento para reflexionar.

Credo

Oración de los fieles

En este día santísimo en que la fuerza del Espíritu nos crea como hombres nuevos a imagen de Cristo resucitado, y hace de todos nosotros un pueblo santo, elevemos nuestras plegarias para que la alegría pascual se extienda por todo el mundo.

1. Por la Iglesia; para que cada día sea más consciente de ser el Cuerpo de Cristo, humillado en la cruz y glorificado en la resurrección. **Roguemos al Señor.**
2. Por todos los bautizados; para que en la aspersion de la sangre y del agua que brotan del costado abierto de Cristo, el Redentor, renueven la gracia de su nacimiento en el Espíritu. **Roguemos al Señor.**
3. Por toda la humanidad; para que se extienda por el mundo el alegre anuncio de que en Cristo se han hecho las paces del hombre con Dios, del hombre consigo mismo y del hombre con sus hermanos. **Roguemos al Señor.**

4. Por todos los difuntos; para que sean comensales del reino eterno, mientras esperan la resurrección de sus cuerpos al final de los tiempos. **Roguemos al Señor.**

5. Por nosotros y nuestras familias; para que celebremos el acontecimiento pascual en sinceridad y verdad, y compartamos el don de la fe con los pobres y los que sufren. **Roguemos al Señor.**

Padre,
escucha nuestras oraciones
y concede a todos los cristianos
renovarse en el pensamiento y en las obras,
con la fe de quien se siente resucitado en el Bautismo.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Se hace una breve pausa.

Protege, oh Dios,
a tu Iglesia con misericordia perpetua,
para que, renovada por los sacramentos pascuales, llegue a la gloria de la resurrección.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rito de conclusión pg. 1



II DOMINGO DE PASCUA

Monición de entrada

En pascua, la Iglesia confirma, renueva y alimenta su fe en Cristo resucitado. Gracias a la muerte y resurrección del Señor hemos recibido una vida nueva y por eso, hoy recordamos, como niños recién nacido, que *“el bautismo nos ha purificado, que el Espíritu nos ha hecho renacer y que la sangre nos ha redimido”*. Nos purificamos de nuestros pecados, al inicio de esta celebración santa, reconociéndolos con humildad de corazón.

Se hace un breve silencio, luego se continúa diciendo:

— Tú, el Primogénito de entre los muertos:

Señor ten piedad. **R. Señor, ten piedad.**

— Tú, el vencedor del pecado y de la muerte:

Cristo, ten piedad. **R. Cristo, ten piedad.**

— Tú, la resurrección y la vida:

Señor, ten piedad. **R. Señor, ten piedad.**

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén.

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Sigue un momento de silencio

Dios de misericordia infinita,
que reanimas, con el retorno anual
de las fiestas de Pascua,
la fe del pueblo a ti consagrado,
acrecienta en nosotros los dones de tu gracia,
para que todos comprendan mejor
qué bautismo nos ha purificado,
qué Espíritu nos ha hecho renacer
y qué sangre nos ha redimido.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios
del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía.

En el Jubileo del año 2000, san Juan Pablo II estableció
que este domingo estaría dedicado a la Divina Misericordia.

El Evangelio de hoy es la narración de la aparición de Cristo resucitado a los discípulos reunidos en el cenáculo (cf. *Juan 20, 19-31*). Escribe san Juan que Jesús, después de haber saludado a sus discípulos, les dijo: «Como el Padre me envió, también yo os envío». Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonéis los pecados, les quedarán perdonados» (vv. 21-23). He aquí el sentido de la misericordia que se presenta precisamente en el día de la resurrección de Jesús como perdón de los pecados. Jesús resucitado, ha transmitido a su Iglesia, como primera misión, su propia misión de llevar a todos el anuncio concreto del perdón. Este es el primer deber: anunciar el perdón. Este signo visible de su misericordia lleva consigo la paz del corazón y la alegría del encuentro renovado con el Señor.

Hermanos y hermanas, la misericordia calienta el corazón y le hace sensible a las necesidades de los hermanos, a través del compartir y de la participación. La misericordia, en definitiva, compromete a todos a ser instrumentos de justicia, de reconciliación y de paz. No olvidemos nunca que la misericordia es la llave en la vida de fe, y la forma concreta con la cual damos visibilidad a la resurrección de Jesús.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Con la esperanza puesta en el amor de Dios, oremos a nuestro Padre del cielo, que ha resucitado a Jesucristo y lo ha constituido Señor y Mesías de la humanidad.

1. Para que la Iglesia sea cada día más consciente de ser la comunidad pascual, generada por Cristo humillado en la cruz y glorificado en la resurrección. **Roguemos al Señor.**
2. Para que no nos falten nunca en nuestras parroquias y comunidades sacerdotes que sean testigos fieles de la vida, el perdón y la misericordia que surgen del triunfo pascual de Cristo. **Roguemos al Señor.**
3. Para que la resurrección de Cristo, que ha llenado la tierra del amor de Dios, llene el corazón de los hombres de todo el mundo de sentimientos de fraternidad y de paz.
Roguemos al Señor.
4. Para que los que dudan y los que no creen, reconozcan, iluminados por la gracia pascual, que no hay otro hombre fuera de Cristo que pueda salvarnos. **Roguemos al Señor.**
5. Para que nuestra comunidad crezca como una verdadera familia de Dios, asidua en la escucha de la Palabra, perseverante en la oración, testigo en la caridad fraterna.
Roguemos al Señor.

Dios y Padre nuestro,
por el amor que tienes a tu Hijo,
a quien has resucitado victorioso de entre los muertos,
escucha bondadosamente las súplicas
de los que confesamos que Jesucristo es Señor
y lo reconocemos como único Maestro.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Sigue un momento de silencio

Concédenos, Dios todopoderoso,
que el sacramento pascual recibido
permanezca siempre en nuestros corazones.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rito de conclusión pg. 18



III DOMINGO DE PASCUA

Monición de entrada

La salvación llevada a cabo por la muerte y resurrección de Jesucristo posee una dimensión universal: no sólo ha sido salvado el hombre, toda la creación ha sido renovada e iluminada. La alegría de esta renovación universal la podemos saborear ya desde el principio en las palabras del salmo 99 “*Aclamad al Señor tierra entera*”.

Pero la verdadera alegría se encuentra en que hemos recobrado la adopción filial. Con este gozo nos presentamos ante el Señor siendo conscientes de que en nosotros todavía hay muchas oscuridades y pecados que ahora reconocemos.

Se hace un breve silencio. Luego se dice:

— Tú, que eres el sumo sacerdote de la nueva Alianza: Señor, ten piedad. **R. Señor, ten piedad.**

— Tú, que nos edificas como piedras vivas en el templo santo de Dios: Cristo, ten piedad. **R. Cristo, ten piedad.**

— Tú, que has ascendido a la derecha del Padre para enviarnos el don del Espíritu: Señor ten piedad. **R. Señor, ten piedad.**

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdónenos nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Sigue un momento de silencio.

Que tu pueblo, oh, Dios,
exulte siempre al verse renovado
y rejuvenecido en el espíritu,
para que todo el que se alegra ahora
de haber recobrado la gloria de la adopción filial,
ansíe el día de la resurrección
con la esperanza cierta de la felicidad eterna.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

En las lecturas bíblicas de la liturgia de hoy resuena dos veces la palabra «testigos». La primera vez es en los labios de Pedro: él, después de la curación del paralítico ante la puerta del templo de Jerusalén, exclama: «Matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos,

y nosotros somos testigos de ello» (Hch 3, 15). La segunda vez, en los labios de Jesús resucitado: Él, la tarde de Pascua, abre la mente de los discípulos al misterio de su muerte y resurrección y les dice: «Vosotros sois testigos de esto» (Lc 24, 48). Los apóstoles, que vieron con los propios ojos al Cristo resucitado, no podían callar su extraordinaria experiencia. Él se había mostrado a ellos para que la verdad de su resurrección llegara a todos mediante su testimonio. Y la Iglesia tiene la tarea de prolongar en el tiempo esta misión; cada bautizado está llamado a dar testimonio, con las palabras y con la vida, que Jesús ha resucitado, que Jesús está vivo y presente en medio de nosotros. Todos nosotros estamos llamados a dar testimonio de que Jesús está vivo.

Podemos preguntarnos: pero, ¿quién es el testigo? El testigo es uno que ha visto, que recuerda y cuenta. Ver, recordar y contar son los tres verbos que describen la identidad y la misión. El testigo es uno que ha visto, con ojo objetivo, ha visto una realidad, pero no con ojo indiferente; ha visto y se ha dejado involucrar por el acontecimiento. Por eso recuerda, no sólo porque sabe reconstruir de modo preciso los hechos sucedidos, sino también porque esos hechos le han hablado y él ha captado el sentido profundo. Entonces el testigo cuenta, no de manera fría y distante sino como uno que se ha dejado cuestionar y desde aquel día ha cambiado de vida. El testigo es uno que ha cambiado de vida. ¿Qué necesita hoy la Iglesia? ¡Testigos, mártires! Son precisamente los testigos, es decir, los santos, los santos de todos los días, los de la vida ordinaria, pero con coherencia, testigos hasta el final, hasta la muerte. Ellos son la sangre viva de la Iglesia; los que sacan la Iglesia adelante; los que atestiguan que Je-

sús ha resucitado, que Jesús está vivo, y lo atestiguan con la coherencia de su vida y con el Espíritu Santo que han recibido como don.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Elevemos ahora nuestras súplicas confiadas a Dios nuestro Padre, y pidámosle que nos enseñe a vivir como hijos de la luz.

1. Para que la Iglesia viva su fe en Dios y lo manifieste en el amor y compromiso con la humanidad entera.

Roguemos al Señor.

2. Para que Dios derrame en las familias cristianas el espíritu de piedad y de renuncia a lo mundano, de manera que germinen abundantes vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida religiosa. **Roguemos al Señor.**

3. Para que los que tienen autoridad en el mundo trabajen para que todos los pueblos de la tierra vivan en paz, justicia, fraternidad y prosperidad. **Roguemos al Señor.**

4. Para que los que se encuentran en camino y todavía no han llegado a la fe descubran al Señor Jesús caminando junto a ellos, compartiendo su mismo pan, y sus corazones se llenen de alegría. **Roguemos al Señor.**

5. Para que Cristo encienda nuestro corazón con su palabra nos haga comprender el sentido actual que tiene su muerte y resurrección en nuestra vida. **Roguemos al Señor.**

Señor Dios, escucha las oraciones de tu Iglesia
y haz de nosotros signo y levadura
de una humanidad nueva, pacificada por tu amor.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después
de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá
la oración para después de la comunión.

Oremos

Sigue un momento de silencio

Mira, Señor, con bondad a tu pueblo y,
ya que has querido renovarlo
con estos sacramentos de vida eterna,
concédele llegar a la incorruptible resurrección de la carne
que habrá de ser glorificada.
Por Jesucristo nuestro Señor.

℟. Amén

Rito de conclusión pg. 18



IV DOMINGO DE PASCUA

Monición de entrada y acto penitencial

Iniciamos la asamblea dominical con las palabras del salmo 32 *“la misericordia del Señor llena la tierra”*. Esta misericordia se manifiesta en los profetas y en los salmos bajo la imagen entrañable del Pastor de Israel. Jesús, muerto y resucitado es el Buen Pastor. La Iglesia, su débil rebaño que pide tener parte en la admirable victoria de su Pastor. Por eso pedimos perdón por nuestros pecados.

Se hace un breve silencio. Luego se dice:

- Tú, que has destruido el pecado y la muerte con tu resurrección: Señor, ten piedad. **℟. Señor, ten piedad.**
- Tú, que has renovado la creación entera con tu resurrección: Cristo, ten piedad. **℟. Cristo, ten piedad.**
- Tú, que das la alegría a los vivos y la vida a los muertos con tu resurrección: Señor, ten piedad. **℟. Señor, ten piedad.**

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Sigue un momento de silencio.

Dios todopoderoso y eterno,
condúcenos a la asamblea gozosa del cielo,
para que la debilidad del rebaño
llegue hasta donde le ha precedido la fortaleza del Pastor.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

HOMILIA

En el Evangelio de este domingo, (cf. Juan 10, 1-10), llamado «el domingo del buen pastor», Jesús se presenta con dos imágenes que se complementan la una con la otra. La imagen del pastor y la imagen de la puerta del redil.

El rebaño, que somos todos nosotros, tiene como casa un redil que sirve como refugio, donde las ovejas viven y des-

cansan después de las fatigas del camino. Y el redil tiene un recinto con una puerta, donde hay un guardián.

Al rebaño se acercan distintas personas: está quien entra en el recinto pasando por la puerta y quien «sube por otro lado» (v. 1).

El primero es el pastor, el segundo un extraño, que no ama a las ovejas, quiere entrar por otros intereses. Jesús se identifica con el primero y manifiesta una relación de familiaridad con las ovejas, expresada a través de la voz, con la que las llama y que ellas reconocen y siguen (cf. v. 3). Él las llama para conducir las fuera, a los pastos verdes donde encuentran buen alimento.

La segunda imagen con la que Jesús se presenta es la de la «puerta de las ovejas» (v. 7). De hecho dice: «Yo soy la puerta: si uno entra por mí, estará a salvo» (v. 9), es decir tendrá vida y la tendrá en abundancia (cf. v. 10).

Cristo, Buen Pastor, se ha convertido en la puerta de la salvación de la humanidad, porque ha ofrecido la vida por sus ovejas. Jesús, pastor bueno y puerta de las ovejas, es un jefe cuya autoridad se expresa en el servicio, un jefe que para mandar dona la vida y no pide a los otros que la sacrifiquen. De un jefe así podemos fiarnos, como las ovejas que escuchan la voz de su pastor porque saben que con él se va a pastos buenos y abundantes. Basta una señal, un reclamo y ellas siguen, obedecen, se ponen en camino guiadas por la voz de aquel que escuchan como presencia amiga, fuerte y

dulce a la vez, que guía, protege, consuela y sana.

Así es Cristo para nosotros. Hay una dimensión de la experiencia cristiana que quizá dejamos un poco en la sombra: la dimensión espiritual y afectiva.

El sentirnos unidos por un vínculo especial al Señor como las ovejas a su pastor. A veces racionalizamos demasiado la fe y corremos el riesgo de perder la percepción del timbre de esa voz, de la voz de Jesús buen pastor, que estimula y fascina.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Pidamos ahora a Dios Padre que el poder de Jesús Resucitado se manifieste en su Iglesia, y en cuanto hoy queremos pedirle con fe.

1. Por la Iglesia; para que en este tiempo de gozo pueda reconocer en sus pastores la presencia viva y misteriosa de Cristo, único Pastor universal. **Roguemos al Señor.**

2. Por las vocaciones a los diversos estados de la vida cristiana; y para que nunca falten sacerdotes que transmitan el mensaje liberador de Jesús desde un compromiso radical con la verdad. **Roguemos al Señor.**

3. Por los gobernantes; para que sirvan a sus pueblos con generosa dedicación, de forma que todos vivamos como hermanos y como hijos de Dios. **Roguemos al Señor.**

4. Por los enfermos, los pobres, y todos los que sufren; para que en Cristo resucitado encuentren luz y esperanza. Roguemos al Señor.

5. Por nosotros y por nuestros familiares y amigos; para que la vida de Jesús se manifieste en las nuestras y todos nos sintamos responsables de la solicitud pastoral de la Iglesia. Roguemos al Señor.

Dios nuestro y Padre todopoderoso,
reúne en una sola familia a los hombres
dispersos por el pecado y haz que,
uniéndose a Cristo, el Buen Pastor,
experimenten la alegría de pertenecer a tu rebaño.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Sigue un momento de silencio

Pastor bueno,
vela compasivo sobre tu rebaño
y conduce a los pastos eternos
a las ovejas que has redimido
con la sangre preciosa de tu Hijo.
Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Rito de conclusión pg. 18



V DOMINGO DE PASCUA

Monición de entrada y acto penitencial.

“Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas” Con estas palabras tomadas del salmo 97 iniciamos hoy la celebración. La gran maravilla es que podamos abandonar nuestra antigua vida de pecado y vivir desde ahora la vida propia de los hijos de Dios. Pero lo que impide que vivamos esta novedad es el pecado que, con facilidad, enraíza en nuestros corazones de ahí que, humildemente lo reconozcamos.

Se hace un breve silencio.

Siguen las siguientes invocaciones.

— Tú, el Primogénito de entre los muertos:

Señor, ten piedad. **R. Señor, ten piedad.**

— Tú, el vencedor del pecado y de la muerte :

Cristo, ten piedad. **R. Cristo, ten piedad.**

— Tú, la resurrección y la vida:

Señor ten piedad. **R. Señor, ten piedad.**

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdona nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Sigue un momento de silencio.

Dios todopoderoso y eterno,
lleva a su pleno cumplimiento en nosotros
el Misterio pascual, para que, quienes,
por tu bondad, han sido renovados en el santo bautismo,
den frutos abundantes con tu ayuda y protección
y lleguen a los gozos de la vida eterna.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

HOMILIA

Hoy la lectura de los Hechos de los Apóstoles nos hace ver que también en la Iglesia de los orígenes surgen las primeras tensiones y las primeras divergencias. En la vida, los conflictos existen, la cuestión es cómo se afrontan. Hasta ese momento la unidad de la comunidad cristiana había si-

do favorecida por la pertenencia a una única etnia, y a una única cultura, la judía. Pero cuando el cristianismo, que por voluntad de Jesús está destinado a todos los pueblos, se abrió al ámbito cultural griego, faltaba esa homogeneidad y surgieron las primeras dificultades. En ese momento creció el descontento, había quejas, corrían voces de favoritismos y desigualdad de trato. Esto sucede también en nuestras parroquias. La ayuda de la comunidad a las personas necesitadas —viudas, huérfanos y pobres en general—, parecía privilegiar a los cristianos de origen judío respecto a los demás. Entonces, ante este conflicto, los Apóstoles afrontaron la situación: convocaron a una reunión abierta también a los discípulos, discutieron juntos la cuestión. Todos. Los problemas, en efecto, no se resuelven simulando que no existan. Y es hermosa esta confrontación franca entre los pastores y los demás fieles. Se llegó, por lo tanto, a una subdivisión de las tareas. Los Apóstoles hicieron una propuesta que fue acogida por todos: ellos se dedicarán a la oración y al ministerio de la Palabra, mientras que siete hombres, los diáconos, proveerán al servicio de las mesas de los pobres. Estos siete no fueron elegidos por ser expertos en negocios, sino por ser hombres honrados y de buena reputación, llenos de Espíritu Santo y de sabiduría; y fueron constituidos en su servicio mediante la imposición de las manos por parte de los Apóstoles. Y, así, de ese descontento, de esa queja, de esas voces de favoritismo y desigualdad de trato, se llegó a una solución.

Confrontándonos, discutiendo y rezando, así se resuelven los conflictos en la Iglesia. Confrontándonos, discutiendo y

rezando. Con la certeza de que las críticas, la envidias y los celos no podrán jamás conducirnos a la concordia, a la armonía o a la paz.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Oremos ahora confiadamente al Señor, nuestro Dios, que resucitó a su Hijo Jesucristo de entre los muertos.

1. Por la Iglesia; para que, animada por el Espíritu Santo, progrese en la fidelidad a Cristo y a los hombres de nuestro tiempo y dé fruto abundante. **Roguemos al Señor.**
2. Por las vocaciones al ministerio sacerdotal; para que Dios llame a muchos a su servicio, que se ocupen de la comunidad y no busquen ni permitan privilegios. **Roguemos al Señor.**
3. Por nuestros gobernantes; para que se esfuercen por garantizar la justicia, promover la paz y trabajar por el bienestar de todos. **Roguemos al Señor.**
4. Por los que se sienten fracasados, indefensos, incapaces de remediar ellos mismos sus males; para que encuentren la ayuda en la solidaridad de todos. **Roguemos al Señor.**
5. Por nosotros; para que aprendamos a amarnos con obras y según verdad, y así permanezcamos unidos a Cristo, como los sarmientos a la vida, **roguemos al Señor.**

Dios nuestro,

que nos has unido a Cristo
como sarmientos a la verdadera vid,
escucha nuestra oración y danos tu Espíritu Santo,
para que, amándonos los unos a los otros,
demos frutos abundantes de santidad y de paz.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después
de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá
la oración para después de la comunión.

Oremos

Sigue un momento de silencio.

Asiste, Señor, a tu pueblo
y haz que pasemos del antiguo pecado
a la vida nueva
los que hemos sido alimentados
con los sacramentos del cielo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rito de conclusión pg. 18



VI DOMINGO DE PASCUA

Monición de entrada y acto penitencial.

Anunciadlo con gritos de júbilo, publicadlo y proclamadlo hasta el confín de la tierra. Decid: «El Señor ha rescatado a su pueblo». Son palabras del profeta Isaías con las que iniciamos hoy la celebración. De ahí que, nuestras reuniones dominicales no pueden quedarse en una mera costumbre guiada por la inercia, sino que han de actuar como fermento en nuestra sociedad y deben manifestarse en nuestras obras.

Pero como no siempre obras así lo reconocemos al inicio de esta celebración.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

Siguen las siguientes invocaciones.

— Tú, el primogénito de entre los muertos.

Señor, ten piedad. **R. Señor, ten piedad.**

— Tú, el vencedor del pecado y de la muerte:

Cristo, ten piedad. **R. Cristo, ten piedad.**

— Tú, la resurrección y la vida:

Señor ten piedad. **R. Señor, ten piedad.**

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Sigue un momento de silencio.

Dios todopoderoso,
concédenos continuar celebrando con fervor sincero
estos días de alegría en honor del Señor resucitado,
para que manifestemos siempre en las obras
lo que repasamos en el recuerdo
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

El Evangelio de hoy (cf. Juan 14, 15-21), continuación del domingo pasado, nos lleva a ese momento conmovedor y dramático que es la Última cena de Jesús con sus discípulos.

El evangelista Juan recoge de boca y del corazón del Señor sus últimas enseñanzas, antes de la pasión y de la muerte. Jesús promete a sus amigos, en ese momento triste, oscuro, que, después de Él, recibirán «otro Paráclito» (v. 16). Esta palabra significa otro «Abogado», otro Defensor, otro Consolador: «el Espíritu de la verdad» (v. 17); y añade: «no os dejaré huérfanos: volveré a vosotros» (v. 18). Estas palabras transmiten la alegría de una nueva venida de Cristo: Él, resucitado y glorificado, vive en el Padre y, al mismo tiempo, viene a nosotros en el Espíritu Santo. Y en esta su nueva venida se revela nuestra unión con Él y con el Padre: «comprenderéis que yo estoy en mi Padre y vosotros en mí y yo en vosotros» (v. 20).

Meditando estas palabras de Jesús, nosotros hoy percibimos ser el Pueblo de Dios en comunión con el Padre y con Jesús mediante el Espíritu Santo. En este misterio de comunión, la Iglesia encuentra la fuente inagotable de la propia misión, que se realiza mediante el amor. Jesús dice en el Evangelio de hoy: «El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama, y el que me ame, será amado de mi Padre; y yo le amaré y me manifestaré a él» (v. 21). Es el amor que nos introduce en el conocimiento de Jesús, gracias a la acción de este «Abogado» que Jesús nos ha enviado, es decir el Espíritu Santo. El amor a Dios y al prójimo es el mandamiento más grande del Evangelio. El Señor hoy nos llama a corresponder generosamente a la llamada evangélica, al amor, poniendo a Dios en el centro de nuestra vida y dedicándonos al servicio de los hermanos, especialmente a los más necesitados de apoyo y consuelo.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Alegres por la resurrección de Jesucristo, y con la confianza puesta en Él, oremos a Dios nuestro Padre.

1. Por todos los que tienen alguna responsabilidad en la Iglesia; para que permanezcan atentos y dóciles a las llamadas imprevisibles del Espíritu Santo. **Roguemos al Señor.**

2. Por las vocaciones sacerdotales y religiosas; para que el Espíritu Santo se derrame abundantemente sobre los llamados por Dios, y los haga testigos valientes del Evangelio.

Roguemos al Señor.

3. Por nuestros gobernantes y cuantos ejercen autoridad en el mundo; para que trabajen porque exista entendimiento entre todos los hombres, naciones y razas.

Roguemos al Señor.

4. Por todos los que sufren; para que la alegría de Cristo resucitado esté con ellos y su alegría llegue a plenitud. Roguemos al Señor.

5. Por nosotros, amigos y amados de Dios; para que, amándonos unos a otros como Cristo nos ha amado, demos testimonio del amor de Dios. Roguemos al Señor.

Señor Dios nuestro,
que has sido el primero en amarnos,
enviándonos a tu Hijo, para que vivamos por medio de Él,
escucha nuestra oración y haz que,

llenos del Espíritu Santo,
aprendamos a amarnos los unos a los otros
como Cristo nos ha amado.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

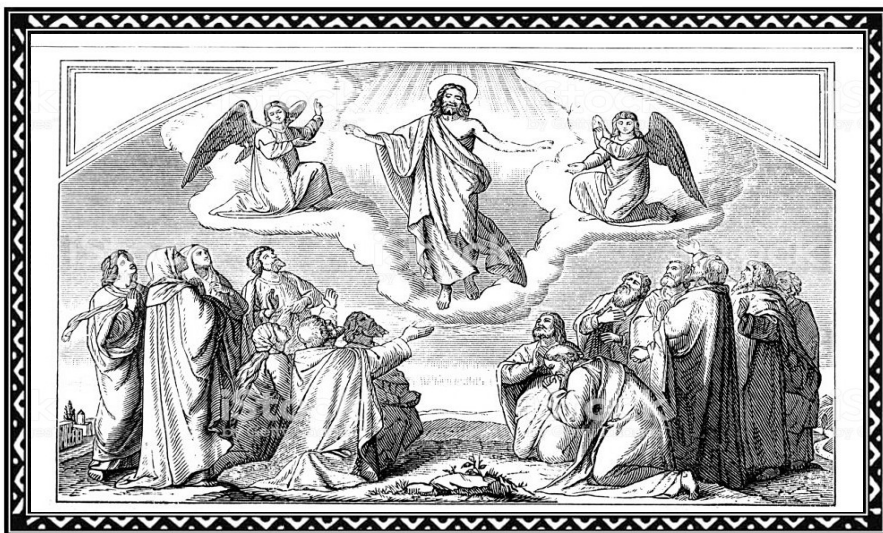
Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Dios todopoderoso y eterno,
que en la resurrección de Jesucristo
nos has renovado para la vida eterna,
multiplica en nosotros los frutos del Misterio pascual e infunde en nuestros corazones
la fortaleza del alimento de salvación.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rito de conclusión pg. 18





VII DOMINGO DE PASCUA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

Monición de entrada y acto penitencial.

La Comunidad Cristiana en este día celebra la glorificación de Cristo; su ascensión a los cielos y anuncia, de igual modo, su retorno: *“Volverá como lo habéis visto marcharse”*. Es una como una especie de puente entre la resurrección y su última venida. Desde su resurrección Cristo tiene un cuerpo glorioso, visible, aunque distinto al nuestro. Ascensión no significa separación, ni ausencia. Es la consumación del triunfo de Jesús, pero es, de igual modo, nuestra victoria que el pecado la hace fracasar; por eso lo reconocemos al inicio de estos misterios santos.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

Siguen las siguientes invocaciones.

–Tú, que quieres que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.

Señor, ten piedad. **R. Señor, ten piedad.**

–Tú, que enviaste a tus apóstoles a anunciar el mensaje del Evangelio a todo el mundo.

Cristo, ten piedad. **R. Cristo, ten piedad.**

–Tú, que haces de nosotros testigos de tu amor.

Señor, ten piedad. **R. Señor, ten piedad.**

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdona nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Sigue un momento de silencio.

Dios todopoderoso,
concédenos exultar santamente de gozo
y alegrarnos con religiosa acción de gracias,
porque la ascensión de Jesucristo, tu Hijo,
es ya nuestra victoria,
y adonde ya se ha adelantado
gloriosamente nuestra Cabeza,

esperamos llegar también los miembros de su cuerpo.
Por nuestro Señor Jesucristo.

O bien:

Dios todopoderoso,
concédenos habitar espiritualmente
en las moradas celestiales a cuantos creemos
que tu Unigénito y Redentor nuestro
ascendió hoy a la gloria.
Él, que vive y reina contigo.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios
del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

Hemos escuchado lo que Jesús Resucitado dice a los discípulos antes de su ascensión: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra» (Mateo 28, 18). El poder de Jesús, la fuerza de Dios. Este tema atraviesa las Lecturas de hoy: en la primera Jesús dice que no corresponde a los discípulos conocer «el tiempo y el momento que ha fijado el Padre con su autoridad», pero les promete a ellos la «fuerza del Espíritu Santo» (Hechos de los Apóstoles 1, 7-8); en la segunda san Pablo habla de la «soberana grandeza de su poder para con nosotros» y de la «eficacia de su fuerza poderosa» (Efesios 1, 19). Pero, ¿en qué consiste esta fuerza,

este poder de Dios?

Jesús afirma que es un poder «en el cielo y en la tierra». Es sobre todo el poder de unir el cielo y la tierra. Hoy celebramos este misterio, porque cuando Jesús subió al Padre nuestra carne humana cruzó el umbral del cielo: nuestra humanidad está allí, en Dios, para siempre. Allí está nuestra confianza, porque Dios no se separará nunca del hombre. Y nos consuela saber que en Dios, con Jesús, está preparado para cada uno de nosotros un lugar: un destino de hijos resucitados nos espera y por esto vale realmente la pena vivir aquí abajo buscando las cosas de allí arriba donde se encuentra nuestro Señor (cf. Colosenses 3, 1-2). Esto es lo que ha hecho Jesús, con su poder de unir para nosotros la tierra y el cielo.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Elevemos ahora, hermanos, nuestras súplicas confiadas a Dios Padre, y pongamos nuestra mirada en Jesucristo, nuestro gran sacerdote, que ha atravesado el cielo para interceder por nosotros.

1. Para que Cristo, desde el trono de su gloria, venga en ayuda de su Iglesia que lucha en medio de las dificultades del

mundo, y no permita que sus fieles se dejen engañar por los bienes de la tierra. **Roguemos al Señor.**

2. Para que Cristo, sumo sacerdote de nuestro Dios, suscite abundantes y santas vocaciones al ministerio ordenado para el servicio de nuestra diócesis. **Roguemos al Señor.**

3. Para que Cristo, Rey de cielos y tierra, que está por encima de todo principado, potestad y dominación, inspire a los que gobiernan las naciones sentimientos de paz y de justicia. **Roguemos al Señor.**

4. Para que Jesús, el Señor, que con su triunfo ha glorificado nuestra carne, colocándola cerca de Dios Padre, llene de esperanza a los que sufren enfermedades en el cuerpo o angustias en el espíritu. **Roguemos al Señor.**

5. Para que Cristo, el Señor elevado al cielo, nos envíe el Espíritu Santo, para que nos enseñe a amar los bienes de arriba y a no dejarnos cautivar por las cosas de este mundo.

Roguemos al Señor.

Dios, Padre todopoderoso,
que has resucitado a Cristo, tu Hijo,
y lo has hecho Señor del universo,
reconoce la voz de tu amado en las oraciones de la Iglesia
y concédenos lo que, con fe, te hemos pedido.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Sigue un momento de silencio.

Dios todopoderoso y eterno,
que, mientras vivimos aún en la tierra,
nos concedes gustar los divinos misterios,
te rogamos que el afecto de nuestra piedad cristiana
se dirija allí donde nuestra condición humana está contigo.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rito de conclusión pg. 18





DOMINGO DE PENTECOSTÉS

La Comunidad Cristiana en este día del Señor pide la manifestación del Espíritu “*sobre todos los confines de la tierra*” y que no deje de realizar ahora en el corazón de los fieles las mismas maravillas que se realizaron en el primer Pentecostés. Para que nosotros también podamos quedar llenos del Santo Espíritu y así hablar de las maravillas de Dios, reconocemos nuestros pecados.

Se hace un breve silencio. Luego sigue diciendo:

Siguen las siguientes invocaciones.

- Tú que has triunfado de la muerte.
- Tú que has vencido el mal.
- Tú que eres el dueño absoluto de la creación.

Luego sigue diciendo:

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

Rx. Amén

Se dice Gloria.

Oración colecta

Oremos

Sigue un momento de silencio.

Oh, Dios,
que por el misterio de esta fiesta
santificas a toda tu Iglesia
en medio de los pueblos y de las naciones,
derrama los dones de tu Espíritu
sobre todos los confines de la tierra
y realiza ahora también,
en el corazón de tus fieles,
aquellas maravillas que te dignaste hacer
en los comienzos de la predicación evangélica.
Por nuestro Señor Jesucristo tu Hijo
que contigo vive y reina
en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

Seguidamente se proclama en el ambón la palabra de Dios del leccionario correspondiente.

Concluido el evangelio se hace la homilía.

Homilía

La fiesta de Pentecostés conmemora la efusión del Espíritu Santo sobre los Apóstoles reunidos en el Cenáculo. Como la Pascua, es un acontecimiento que tuvo lugar durante la preexistente fiesta judía, y que se realiza de modo sorprendente. El libro de los Hechos de los Apóstoles describe los signos y los frutos de esa extraordinaria efusión: el viento fuerte y las llamas de fuego; el miedo desaparece y deja espacio a la valentía; las lenguas se desatan y todos comprenden el anuncio. Donde llega el Espíritu de Dios, todo renace y se transfigura. El acontecimiento de Pentecostés marca el nacimiento de la Iglesia y su manifestación pública; y nos impresionan dos rasgos: es una Iglesia que sorprende y turba.

Un elemento fundamental de Pentecostés es la sorpresa. Nuestro Dios es el Dios de las sorpresas, lo sabemos. Nadie se esperaba ya nada de los discípulos: después de la muerte de Jesús formaban un grupito insignificante, estaban desconcertados, huérfanos de su Maestro. En cambio, se verificó un hecho inesperado que suscitó admiración: la gente quedaba turbada porque cada uno escuchaba a los discípulos hablar en la propia lengua, contando las grandes obras de Dios (cf. Hch 2, 6-7.11). La Iglesia que nace en Pentecostés es una comunidad que suscita estupor porque, con la fuerza que le viene de Dios, anuncia un mensaje nuevo —la Resurrección de Cristo— con un lenguaje nuevo —el lenguaje universal del amor. Un anuncio nuevo: Cristo está vivo, ha resucitado; un lenguaje nuevo: el lenguaje del amor. Los discípulos están revestidos del poder de lo alto y hablan con

valentía —pocos minutos antes eran todos cobardes, pero ahora hablan con valor y franqueza, con la libertad del Espíritu Santo.

Así está llamada a ser siempre la Iglesia: capaz de sorprender anunciando a todos que Jesús el Cristo ha vencido la muerte, que los brazos de Dios están siempre abiertos, que su paciencia está siempre allí esperándonos para sanarnos, para perdonarnos. Precisamente para esta misión Jesús resucitado entregó su Espíritu a la Iglesia.

Se deja unos minutos de silencio para reflexionar.

Se dice Credo.

Oración de los fieles

Queridos hermanos; oremos a Dios Padre, que por la muerte y resurrección de su Hijo nos ha dado el Espíritu Santo que ora con nosotros y dentro de nosotros.

1. Por la Iglesia, extendida por toda la tierra; para que impulsada por el Espíritu Santo, permanezca atenta a lo que sucede en el mundo, haga suyos los sufrimientos, alegrías y esperanzas de los hombres de nuestro tiempo, intuya los signos caritativos que debe realizar y así pueda iluminarlo todo con la luz del Evangelio. **Roguemos al Señor.**

2. Por las vocaciones; para que el Espíritu Santo suscite en el seno de la Iglesia vocaciones sacerdotales, religiosas y misioneras que den fe de la salvación universal.

Roguemos al Señor.

3. Por nuestro mundo de hoy, sujeto a cambios profundos y rápidos; para que el Espíritu Santo, que abarca la historia humana, promueva la esperanza de un futuro mejor y vislumbremos el gran día de Jesucristo. **Roguemos al Señor.**

4. Por los que son víctimas de la debilidad humana, de los extravíos de su propio espíritu o de los errores del mundo; para que el Espíritu Santo los lleve por las sendas del bien y de la verdad. **Roguemos al Señor.**

5. Por nosotros, aquí reunidos; para que, iluminados y fortalecidos por el Espíritu Santo, demos testimonio de nuestra fe. **Roguemos al Señor.**

Escucha, Señor, las oraciones de tu pueblo
y haz que quienes nos disponemos a clausurar,
con la solemnidad de Pentecostés,
las fiestas pascuales,
renovados y fortalecidos por tu Espíritu,
vivamos continuamente la novedad pascual
y lleguemos también a las fiestas de la Pascua eterna.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Se inicia el rito de la comunión pg. 14

Concluida la comunión y recogido el Sacramento, después de unos momentos breves de silencio, el ministro laico dirá la oración para después de la comunión.

Oremos

Sigue un momento de silencio.

Oh, Dios,
que has comunicado a tu Iglesia los bienes del cielo,
conserva la gracia que le has dado,
para que el don infuso del Espíritu Santo
sea siempre nuestra fuerza,
y el alimento espiritual
acrecente su fruto para la redención eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rito de conclusión pg. 18

CANTOS PARA LA CELEBRACIÓN DE LA CUARESMA

Canto de entrada

Cristo resucitó	CLN
Nuestra pascua inmolada	CLN
Acuérdate de Jesucristo	CLN

Canto de comunión

Te conocimos Señor	CLN
Donde hay caridad y amor	CLN
Quédate con nosotros	CLN

Canto de entrada fiesta de Pentecostés

Andante ♩=60

El Es-pí-ri - tu del Se - ñor lle - nó to-da la
tie - rra; lo a-bar-ca to - do y to-do lo co - no -
ce; tie - ne la cien - cia de la a - la-ban -
za. A - le - lu - ya, a - le - lu - ya.



Delegación episcopal de liturgia